

“EDUARDO POYANCO”

C. Campana

D.

Una batería chisporroteante quemaba penas y encendía mejillas; podía más que el vino: era el alma de la orquesta y del baile.

Los bailarines vibraban al compás, unos armónicos y otros ridículos; las debilidades humanas afloraban frenéticas, burdas, groseras, carnosas, ondulantes, lúbricas. La música enervaba.

Una mujer parecía bailar sola, no miraba a nadie, sus ojos enrojecidos vagaban perdidos, los pies descalzos se arrastraban en el suelo, las caderas dibujaban garabatos, la cintura iba detrás de la cadera, los senos enormes iban de arriba abajo como buches de palomas blancas que se ensayaban para volar al cielo desde un vestido negro. Su pareja; un hombrecillo que casi no bailaba, la miraba libidinoso y absorto. La lucía engreído.

La batería se estremecía en redobles sincopados y las parejas se apretaban en un solo cuerpo; en el sudor se confundían, una mano tosca apretaba la cintura, una mano delgada y pálida se prendía del cuello. La respiración ansiosa era la medida de la distancia.

Un borracho parecía haber perdido un vaso de vino tinto en los senos de una mulata, porque los buscaba allí, babeante y famélico.

A una pareja de jovencitos no les importaba la música ni menos la batería: para ellos había una orquesta especial oída sólo por ellos; parecían posesos.

Las parejas bailaban; las palabras eran monosílabos distantes, guturales, obscenos.

Los de la orquesta eran hombres de bigotes, melenas y barbas... eran hombres... menos uno: era un niño. La música se tornaba lenta, melancólica, trágica y las parejas suspiraban hondo: saxos y violines. La música se encendía frenética: batería y trompetas, y respiración a sorbos; gente sonrosada y febril al retumbar de la batería. Parecían mil baterías, y en ellas vibraban o agonizaban las manos; sólo, las manos de un niño: Eduardo Poyanco. Terminó la pieza.

Alguien gritó:

- ¡Un tango! ¡Un tango!
- ¡Si! ¡Si! ¡Un tango! - Ahora fue un coro.

Hubo aplausos, vítores, silbidos, y un hombre alto grueso, de cabellos lacios, bien peinado, bigote cargado. Un pañuelo espumoso se veía blanco el cuello y el cuerpo el vestido era azul: era un típico ejemplar de importación argentina. Con voz de barítono habló:

- Gracias, gracias. Pos ahí va mi canción, canción, triste y varonil de porteño. Engrúpate che. - Concluyó dirigiéndose al de la batería. El del piano entrenó unos acordes y la gente coreó:

- ¡Bravo! ¡Bravo! - Hubo algunos gritos por canciones preferidas. El hombre del pañuelo se mostraba sonriente. Volvió a hablar:

- Y vos che, poné el alma en tu batería - Y la melodía del tango surgió argentina, pinturera y febril en la voz y en el piano, y arrastrada en la batería del niño.

En mi mesa comentaron:

- Que bien canta el gallo ese.

- Y que bien toca el cabro.

- Y es un cabro chico.

- Claro, y es "caballo"

- Si. Es un niño aún, y parece muy triste. Concluí yo. Acabó el tango y yo no perdí de vista al de la batería; pude notar que de sus ojos negros por instantes se evaporaba el llanto. Las cejas pobladas, con sus largas pestañas daban una sombra trágica a sus ojos.

En ningún instante lo vi reír o hablar como los demás; tenía la mirada perdida; casi nada de su cuerpo se movía, sólo sus manos; algunas veces le vi pasar la saliva apretado las mandíbulas y cerrando los ojos. Yo me preguntaba para mis adentros: ¿Dónde tiene el alma este muchacho? ¿En la batería o en infinito de su mirada? Alguien me habló:

- Señor ¿Gin o martini? - era el garzón.

- Gracias, cuando desee algo le llamo. Siguió la música alegre, cada vez más alegre conforme se acercaba al alba, pero la batería iba perdiendo brillo, parecía dolerle la música alegre, o el día que llegaba. En el fono del salón avivaron al de la batería. Volvió el comentario:

- Ese cabro pone el alma en la batería ¿No?

- Así es, míralo como la revuelve. En el fondo del salón la alegría de unos borrachos se hizo aplausos; los demás dejaron el baile y los siguieron en el aplauso y eso fue el final: La batería se interrumpió, el niño se levantó, al instante un borracho lo cojió de las solapas y hablando grosero, el vino reventó:

- ¿Porqué no seguís po mirrda? El niño sólo tembló. En los labios ardió un queja muda. No quiso hablar y el borracho insistió:

- ¿Porqué no seguis po?.. si estabas rebueno.

- Vine sólo por cumplir...necesitaba dinero... me voy - La voz fue vacía al igual que la mirada.

- Si estabas "caballo", "cabro. Seguí po". Toda la gente esperó la respuesta como electrizada. El de la batería levantando la mirada y habló:

- Estoy sólo, en la tarde... mi madre murió..... me voy a preparar su entierro. Prácticamente murió ayer". Y se soltaron las lágrimas de esos ojos enigmáticos. El borracho se tambaleó, se dio vuelta y de un solo estertor vomitó. Algunos rieron, la orquesta volvió a enhebrar la música y todo siguió igual sin la batería.

CCD.

Stgo. de Chile, 1967